



Buenos Aires, julio de 2017

## Circular N° 571

*Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.*

Amados hermanos y hermanas:

A continuación, compartimos parte de un Servicio Divino en ayuda para los difuntos oficiado por el Apóstol de Distrito Enrique Minio.

\*\*\*

***“Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.” (Juan 14: 6)***

Como seres humanos buscamos siempre esta palabra, la felicidad. Pero Dios no nos brinda esto, Él nos brinda bendiciones. Y en cada Servicio Divino trata de enseñarnos cómo debemos administrar las bendiciones que nos da. Cuando aprendemos a administrarlas, entonces vivimos en el gozo y en la alegría. No importa si estamos viviendo circunstancias o una situación quizás de un logro, en lo cotidiano. Por eso es hermoso una y otra vez volver a sentir que nuestro Padre se sienta a nuestro lado, que nos ama, que nos conoce, que nos comprende, que nadie mejor que Él nos va a poder ayudar en lo que nos toca cotidianamente. Y Dios quiere bendecirnos no solamente a nosotros sino también a aquellos que están en la otra orilla, en el más allá, los difuntos. Su plan de salvación no tiene barreras limitadas por el cuerpo humano. Dios quiere dar su bendición para que podamos alcanzar gracia, tanto a los que estamos aquí como a los que están en la otra orilla.

Nuestra alma y nuestro espíritu es inmortal, esa es nuestra creencia. Pero el amado Dios nos da el libre albedrío de decidimos por Él. Si nos decidimos por Él, entonces nuestra alma tendrá vida eterna junto al Padre. Si no nos queremos decidir por Él, nuestra alma estará alejada eternamente del Padre. Pero esta es una decisión nuestra, nadie nos va a obligar y Dios lo que desea es que podamos decidimos por Él. Quizá nos preguntamos: ¿Cómo hago para decidirme por el Padre? Este mismo camino que hemos seguido y que Dios nos invita a continuar, no tiene diferencia para los que estamos aquí, en la orilla material y para los que están en la otra orilla. Es exactamente el mismo camino.

¿Y cuál es ese camino? Vuelvo a leer el texto:

*“Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.”*

Jesús es el camino. Entonces la fe en Jesucristo es indispensable para poder alcanzar salvación. Y quisiera compartir con ustedes un texto que está en Hechos, capítulo 4, versículo 12:

**Iglesia Nueva Apostólica Sud América**

Santiago del Estero 1568  
C1136ABH Ciudad Autónoma de Buenos Aires  
Tel: 005411 4363-9400 / Fax: 005411 4363-9441  
[www.inasud.org](http://www.inasud.org)



*“Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.”*

Es decir que debe desarrollarse en nosotros la fe en Cristo, creer en él, en su muerte, en su resurrección, en su retorno. Pero esto es nuestra decisión. Ahora, ¿cómo se manifiesta esta fe? Se manifiesta a través de nuestras obras, basadas en la enseñanza del Evangelio. Entonces debemos preguntarnos: ¿realmente tengo fe? Porque a veces es difícil medir cuál es nuestra fe en Cristo.

Esta se manifiesta en las obras que están guiadas por el Evangelio y que recibimos desde el altar, en el cual Dios invita a cada uno de nosotros y también a las almas que están en la otra orilla, en el más allá. Hay quienes aceptan esta palabra y hay quienes no. Y uno podría decir que los que están en el más allá si han partido en fe entonces están esperando el cumplimiento de la promesa. Pero ellos también necesitan participar de la palabra para que su fe sea aumentada, porque Dios no les manifiesta a los que están en la otra orilla cómo va a ser el futuro, ellos tienen que esperar igual que nosotros el cumplimiento de la promesa. Que cuando Cristo venga tendremos, si es que hemos partido, un cuerpo de resurrección y si es que estamos sobre la tierra, un cuerpo de transfiguración, es inentendible para nuestra mente. Pero podemos entenderlo con el corazón y en esto creemos. También aquellos que están en la otra orilla deben creerlo, deben esperar ese día y prepararse junto a nosotros.

Entonces vamos a realizar las obras del Evangelio. Esto se manifiesta en nuestro sentir a través de nuestro comportamiento. Pero estas obras de la fe no nos dan acceso a la gracia de Cristo, el acceso a la gracia no se logra por méritos, sino por la fe en Cristo. Las obras son manifestación de nuestra fe, pero no nos vamos a salvar por las obras, sino por la fe en Jesús. ¿Y cuál es esa fe? Dios nos pide que podamos seguir el camino bajo la palabra, que trae la herramienta que Dios envió, es decir, en sus enviados. Dice en la Escritura:

*“El que a vosotros recibe, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió” (Mt 10:40).*

Uno podría decir: “Dios utiliza a alguien que tiene tantas falencias como tengo yo”. Pero nosotros no recibimos al hombre, recibimos a Dios mismo en la palabra. Esto es lo que tenemos que aislar en nuestra vida. Porque a veces es como que no le damos peso a la palabra de Dios porque decimos: “El que está expresando esto, tiene que luchar igual que yo”, El hecho de poder ofrendar en la casa de Dios, nuestros tiempos, en la actividad que sea, con o sin ministerio, no nos da ningún galardón. Es decir, todos vamos a recibir el mismo galardón: comunión eterna junto al Padre. Entonces todos tenemos que esforzarnos por la fe en Cristo, por seguirlo a Él y por tomar de su gracia en el perdón cuando nos equivocamos.

Dios nos ha enseñado, así lo hemos tomado y lo hemos aceptado, que el ser bautizados y el recibir el don del Espíritu Santo nos da el acceso a ese camino que es Cristo. Por eso en el momento de la Santa Cena se invita a todos aquellos que han sido bautizados en el nombre



del trino Dios, que creen en Cristo, en el Evangelio, en su muerte, en su resurrección y en su retorno. Estos son los que forman la Iglesia de Cristo. Aquellos que han recibido el don del Espíritu Santo y esperan cada día a Cristo son los que conforman la Obra redentora. Pero esto es invisible a nuestros ojos, porque nosotros no podemos determinar quién forma parte o quién no forma parte de la Obra redentora o de la Iglesia de Cristo. Ojalá lo hagamos, desde ya. Pero es nuestra decisión, si podemos tomar a Jesús como el camino.

Y en el texto que hemos leído dice también: "Jesucristo es la verdad". Hoy en día el poder determinar qué es verdad es bastante complejo. Basta a veces con escuchar una noticia y leer los diferentes medios de información, para encontrar que las visiones son diferentes. Es la visión que tiene el que transmite la noticia. Es una parte de todo lo que puede expresarse y de lo que puede verse, es una manera de interpretación, es una forma de ver las cosas, pero no es la verdad absoluta. Recuerdo ahora un relato. Había un rey que tenía siete consejeros, cada uno de ellos se creía muy sabio y a veces discutían entre ellos cuando se planteaba un problema para darle consejo al rey. Porque cada uno creía tener la verdad sobre cómo debía enfrentarse cada circunstancia. Entonces el rey, viendo esta situación, hizo una gran pared. Detrás de ella colocó a un elefante e hizo siete agujeros, en diferentes posiciones. Le pidió a cada uno que le manifestara qué era lo que veía. Uno describió la trompa, en forma perfecta. Otro un ojo, en forma perfecta. El otro la cola, el otro la pata, el otro la panza. Cada uno describió perfectamente lo que veía. Pero ninguno podía ver el todo.

Para nosotros, la verdad que nos muestra el todo es la palabra de Cristo. Es la que venimos a buscar y es la que queremos seguir. Jesucristo es la verdad, *"cielo y tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán"* (Mt 24:35; Mr 13:31; Lc 21:33). La palabra de Dios permanece eternamente. Y la palabra del Evangelio, que tiene más de dos mil años, es tan aplicable hoy como hace dos mil años y lo seguirá siendo. Porque lo que nosotros recibimos a través del altar es la enseñanza del Evangelio de Cristo. A veces podemos llegar a complicarnos pensando que el Evangelio es muy complejo. *"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu mente... y a tu prójimo como a ti mismo"* (comparar con Mt 22: 37 y ss).

Llevamos esto en el corazón y aplicamos la regla de oro, que podemos leer en Mateo, capítulo 7, versículo 12:

*"Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas"*.

Es decir que mi actitud hacia el otro tiene que ser exactamente la que yo quiero que el otro tenga hacia mí. Es tan simple. Y amar al prójimo como nosotros mismos, no significa que yo me tengo que sacrificar para darle al prójimo. Un ejemplo simple, pero que quizá ayude a este concepto. Si somos cuatro los que tenemos hambre y tenemos un pan, y yo digo: "soy un hijo de Dios, tengo que amar a mi prójimo, así que corto el pan en tres y me quedo sin comer, le doy de comer a los otros tres", esto no es amar al prójimo como a mí mismo. Si tengo un pan y somos cuatro los que tenemos hambre, entonces corto el pan en cuatro y



comemos los cuatro. Transitamos el camino amándonos a nosotros mismos y amando también al prójimo. Dios no nos pide que nos degrademos nosotros, Dios nos pide que amemos al prójimo como a nosotros mismos. Este es el Evangelio, es muy simple. Esto nos va a permitir desarrollarnos y a su vez poder ser testimonio hacia los que están en la otra orilla. Porque a veces nos preguntamos: ¿Cómo puedo ser testimonio, cómo puedo realmente ayudar? Cuando llegan estos momentos en los que se celebran Servicios Divinos especiales en ayuda a los difuntos, ¿cómo puedo dar testimonio? Dando testimonio aquí, siendo testimonio aquí en esta orilla, soy el testimonio hacia la otra orilla. Si Dios permite que los que están en la otra orilla puedan ver toda nuestra vida, ¿no será un testimonio cuando nos vencemos a nosotros mismos y colocamos todo a los pies del altar del Padre, cuando crucificamos a la vieja criatura? ¿No será el mejor testimonio si ve que te esfuerzas? Más allá de tus errores, más allá de los sentimientos que vienen. También los vivirán los que están en la otra orilla.

Cuando nos manifestamos en amor desde esta orilla, ese amor se manifiesta también por multitudes en la otra. Y cuando nos manifestamos fuera de la voluntad de Dios en esta orilla esto se manifiesta por multitudes en la otra. En simples situaciones. No se trata de situaciones complejas, en simples “mentiras piadosas”... ¿Podrá aceptar un alma una invitación si no puede creer en lo que yo digo, cuando se da cuenta de que quizá miento? Preguntémonos esto en nuestro corazón. Nos llaman doce menos cuarto de la noche, estamos muy cansados, trabajamos todo el día, justo íbamos a descansar y entonces decimos: decíle que no estoy. Pensamos: ¡estaba cansado! O: ¡Cómo me va a llamar a esta hora de la noche! Quizá lo que hay que decir es la verdad: “estoy cansado, no estoy en condiciones de atender”, y el otro decidirá. Pero, ¿si al otro le pasa algo? A veces entendemos que las pequeñas mentiras son útiles para salir del camino fácilmente, pero ¿estamos siendo testimonio? Cuando le mentimos al otro nos estamos mintiendo primero a nosotros mismos.

El tema entonces está centrado en que nos decidamos por el Evangelio en las pequeñas cosas. Entonces vamos a considerar que Jesús es la verdad y en este sentido no queremos ser oscuros frente a Dios, queremos ser transparentes frente a Dios, porque Él nos conoce plenamente. Lo dice en Apocalipsis: “yo te conozco”. Como nos conoce, queremos ser transparentes frente a Dios. Y aquello que no hayamos podido vencer, tenemos que hablarlo en la oración y decirle: “Padre, ayúdanos a vencer esto, a darnos cuenta de lo que debemos cambiar”. Entonces nos va a acompañar.

Y si Jesús me eligió y eligió a mi hermano, es porque nos ama tal cual somos. Si Jesús eligió a mi hermano, ¿por qué yo lo condeno o lo juzgo? ¿Por qué no lo puedo perdonar, si Jesús lo perdona? Si considero que Jesús es la verdad, lo voy a tomar como ejemplo. El ejemplo no somos ninguno de nosotros, el ejemplo es Cristo. No nos comparamos con el que tenemos al lado, de ninguna manera: nos comparamos siempre con Cristo. Cuando comenzamos a compararnos con el que tenemos al lado es porque queremos demostrarnos, y engañarnos, a nosotros mismos de que tan mal no estamos en el camino. Y esta no es la situación.



En una oportunidad me regalaron un cuadro. Tenía como personaje a un gato gordito; detrás de él había un hipopótamo y un elefante. Abajo decía: "si quieres parecer delgado, rodéate de gente más gorda que tú". Son esas comparaciones que a veces hacemos nosotros, que hacen todos. Pero Jesús es la verdad, Él es el ejemplo, Él es el camino. Entonces queremos seguirlo. Pero tenemos que decidarnos por Él.

Esta decisión está para nosotros y para los que están en la otra orilla. Jesús cumple lo que promete porque es verdad, Él no es hombre para que mienta (comparar con Nm 23:19). Y la promesa que nos ha sido dada a nosotros, está también en el capítulo de Juan, donde dice:

*"En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis"* (Jn 14:2-3).

Nos ha dado una promesa: va a preparar un lugar para nosotros. Pero ese lugar no está asentado en nuestra vida material. Ese lugar es la comunión eterna junto a nuestro Padre. Entonces puede que nos alejemos de Dios pensando que Jesús lo que tiene que hacer es resolvernos los problemas materiales. Y desde ya que nos va a ayudar, nos va a dar las fuerzas, pero nosotros tenemos que poner lo nuestro. El objetivo del Evangelio de Cristo es ayudarnos a alcanzar salvación y vida eterna. Él lo prometió y Él lo va a dar. Todo lo que nos dé en nuestra vida será necesario para alcanzar vida eterna. Si nos quedamos detenidos solamente en que Jesús nos tiene que ayudar sobre esta tierra, como dice el Apóstol Pablo en 1 Corintios 15: 19:

*"Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres"*.

Quiere decir: si esperas que Cristo te resuelva todos los problemas, estás quedando pobre.

Dios nos ha dado dones, nos ha dado fuerzas, nos ha dado capacidad para enfrentar la vida y llevarla adelante. Utilicemos la fe para vencernos a nosotros mismos. Dejemos lo imposible a Dios, pero Él nos ha dado fuerzas y dones. Si confiamos en Él, vamos a vencer, así como lo hizo David con Goliat:

*"Yo vengo en el nombre de Jehová de los ejércitos"* (comparar con 1 Samuel 17:45).

Que esta vida la podamos enfrentar de esta manera. Pero vamos a poner lo nuestro. David puso confianza en el Señor, no dudó de que así como lo había apoyado lo iba a seguir apoyando. Entonces así vamos a estar demostrando que Jesús es la verdad y en Él confío.

Por último, dice el texto: *"Jesús es la vida"*. Volvemos a leerlo:

*"Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí"*.



Dios nos dio una vida, la dio a los primeros hombres, para crear comunión eterna con Él. Esta comunión se rompió cuando el hombre pecó. Pero fuimos bautizados y liberados de ese pecado original. Nos quiere volver a llamar a la comunión con Él. Por eso nos llama en cada Servicio Divino, para que podamos escuchar la palabra, reflexionar sobre lo que debemos cambiar en nuestra vida. Y en esa reflexión, dejar todo lo que hemos hecho mal, nuestros pecados, a los pies del altar. Dejar que Cristo nos justifique. Haciendo esto volveremos a tener una vida, porque empezamos de nuevo cada Servicio Divino. Lo importante es que empecemos de nuevo siempre en un escalón más alto, no en un escalón más bajo: un escalón que nos acerque a Cristo.

Dios nos permite participar de la Santa Cena. El Apóstol Pablo dice:

*“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Fil 4:13).*

Para vencernos a nosotros mismos, para crucificar a la vieja criatura, queremos tener comunión con Cristo. Por eso venimos a buscarlo una y otra vez.

Entonces este camino, Jesús, el camino, la verdad y la vida, es ofrecido a nosotros y de la misma manera es ofrecido a los que están en la otra orilla. Queremos ser una ayuda, nos esforzamos nosotros por alcanzar salvación eterna y entonces vamos a estar siendo testimonio para aquellos que están en la otra orilla, para que puedan decidirse.